# El camino largo

Monica Mendoza

# Capítulo 1

Mi chico, ese  con el que me gusta pasar más tiempo del que tengo, el mismo que lleva siempre gorra azul, a él que le gusta la bicicleta y la patineta, mientras yo, aficionada del baloncesto. Luego de conocernos y compartir tantas horas en la cancha, hablábamos de todo, excepto de la palabra mágica. Él que conoce muchos atajos, me enseñó varios caminos cortos, yo que siempre anduve por el camino largo.

Mi chico y yo, de vez en cuando nos saltábamos las normas, él dejaba la bicicleta o la patineta y yo el balón y nos poníamos los patines, ahí estábamos los dos compitiendo, después de varios intentos, le gané una carrera,

El camino largo es ese por donde transita la mayoría, ese mismo lleno de normas, que a veces es casi imposible dejar atrás. Sencillamente era ese recorrido que tenía que transitar todos los días para ir de mi casa al lugar de los entrenamientos, para jugar baloncesto, para estudiar y para lograr verlo a él, la lentitud del tráfico, la pesadez de muchas personas, la polución, pero cuando llegaba sentía que todo había valido la pena.  Me había entregado por completo a mis estudios y a las prácticas durante meses y tras la misma rutina de esfuerzo y entrenamiento duro, recibí un comunicado en donde se me informaba de la posibilidad de hacer del baloncesto mi profesión. Me llamaron para formalizar todo aquello, tuve que firmar documentos, me realizaron algunos exámenes y dos semanas más tarde, todo estaba listo.

Nada fuera de lo habitual iba y venía a las jornadas de entrenamiento, hasta que se programó el primer juego, había un torneo, era un viernes y ese juego quedó para el lunes siguiente, salimos a celebrar lo bien que iba todo y cada quien para su casa.

No pude asistir a ese juego y volví luego de varias semanas, por la misma noche después de celebrar alguien salvajemente y de manera sorpresa, se me acercó y comenzó a golpearme, mi cabeza terminó estrellada contra una vieja repisa, es lo último que recuerdo hasta volver a despertar en un hospital, politraumatismos, moretones y dolor, el insoportable dolor que no se iba, pero nada se le comparaba a aquel momento en el que le oí decir al médico que debido a los golpes, el sentido de la vista en ambos ojos estaba comprometidos, de hecho me dijo que iría dejando de ver progresivamente, que terminaría ciega, la angustia se apoderó de mí, al principio lloré, el desconsuelo fue total, el doctor quiso interrogarme más de una vez, me preguntaba “¿quién te hizo esto?” y yo no sabía que

responder.

Me quitaron las vendas de los ojos, y se me fueron curando los moretones, hasta darme de alta. Con la visión muy disminuida y con un par de gafas oscuras que me recetó el doctor, no sé para qué demonios si de todos modos iba a terminar ciega, intenté retomar mi vida, iba a clases, volví a ver a mi chico, y a mis prácticas.

Estúpidamente creí que todo podía volver a ser como antes, fue como inyectarme una gran dosis de positivismo, imaginando que como en otras ocasiones, a fuerza de voluntad se solucionaría, fui una ilusa al creer que eso funcionaría, pues lo que sucedió fue que al cabo de unas semanas, y debido al sobre- esfuerzo, tuve que dejarlo por el agotamiento. Tuve que irme relegando de todo, la universidad terminó dándome la espalda y deje de asistir a clases, a los entrenamientos, a mi chico, a cualquier evento público.

El camino largo es aguantar, dejar que la vida te pase por encima sin hacer nada, repetir ese ciclo interminable de hartazgo y terminar confinándote en tu amargura interna, lleno de arrepentimiento o como yo, en un cuarto de dos por tres, el tiempo, el maldito tiempo se hace lento, el toque del reloj suena como un recordatorio, como un castigo, me fui abandonando hasta sentir que ese camino largo era infinito, pronto todo fue quedando a mi nivel, sórdido, a oscuras, mal oliente.

Me deshago en elucubraciones, porque es lo único que me queda, "y pensar que hasta hace poco todo marchaba bien. Pensar que llegué a tener todo lo que me había propuesto, lo que hubiese deseado. Como cambió todo en un instante."

Por ahora mi habitación es mi última posesión y no permito que nadie se acerque, ni entre, es mi refugio, aunque a veces oigo que golpean la puerta, escucho que dicen: "aquí está tu comida", muero de hambre, pero para evitar que irrumpan mi privacidad, digo con apenas al energía que me queda: "lárgate". Así pasé varios días sin comer, pero el hambre es traicionera, como no habría, siempre me dejaba la comida afuera, y ahora, abro la puerta y tomo la comida y vuelvo a encerrarme.

Hoy, de repente escuché la voz de mi chico, según entendí entre aquellos gritos, quería verme, saber de mí, afortunadamente después de un rato y de tanta insistencia se tuvo que marchar.

Las mañanas así no me gustan, son muy frías, lo he meditado, sí, el médico me había dicho que perdería la vista progresivamente, lo que no advertí fue que pasara tan pronto, pasaron días, aislada de todo, dejé todo lo quería, todo lo que me importaba, y esos días terminaron convirtiéndose en meses,  mis ojos fallaban más y más, la claridad casi se ha ido, ha sido amargo, bajé de peso, ya no tolero que nadie me hable,

que se acerque a mi cuarto, esta situación es insostenible, casi perdí la vista pero no la cordura,